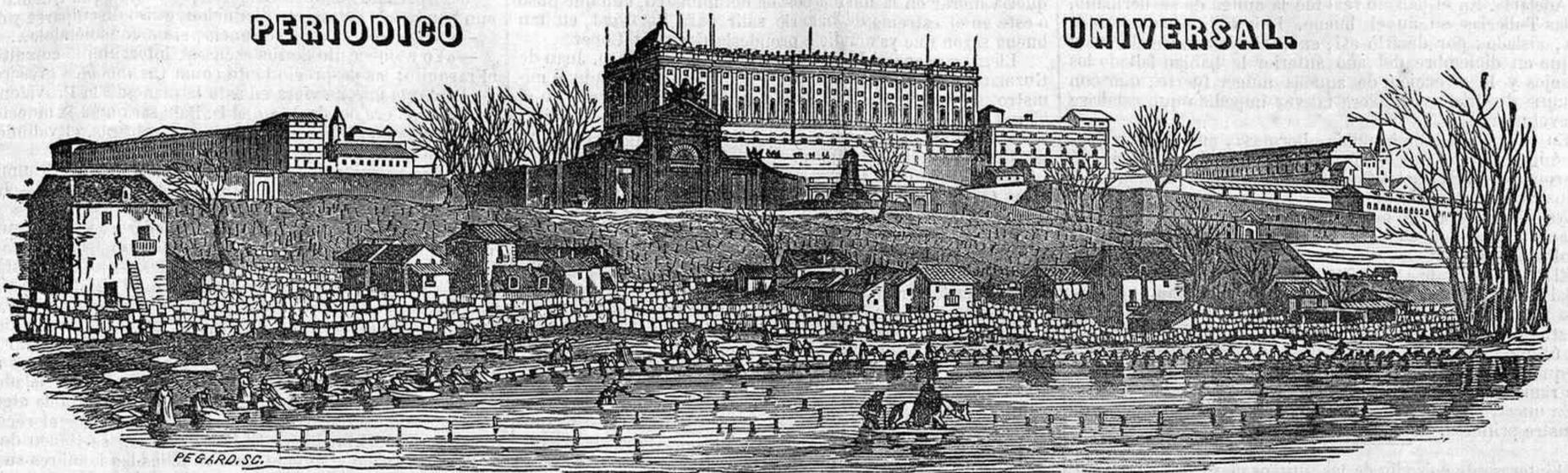


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 41.—SÁBADO 9 DE OCTUBRE DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 3 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

ADVERTENCIA.

Hoy damos término á la descripción de la Esposicion Universal, y presentamos las últimas copias de los objetos que deben acompañarla.

Durante un año hemos consagrado el mayor número de los grabados y una buena parte de nuestras columnas á consignar detalladamente la mas grande y mas fecunda de todas las solemnidades que han tenido lugar en este siglo: este era á nuestro entender el deber primero de un periódico de actualidad. Nuestra tarea hubiera concluido mucho antes, si no hubiésemos tenido que interrumpirla para dar á nuestro periódico esa variedad de materias de que tanto gusta el público. Volviendo atrás la vista y recorriendo seguidos todos los materiales y todos los grabados que hemos dedicado á dar cuenta del gran acontecimiento industrial de la época, tenemos la confianza de que se reconocerán los esfuerzos que hemos hecho para presentar una descripción, tan completa y tan ricamente ilustrada como las mejores á que ha dado margen en todas las naciones del continente aquel inolvidable suceso. Somos los únicos que en España hemos tenido ánimo para arrostrar el absurdo abandono de los espositores, que no queremos calificarles con toda la dureza que merece, la indiferencia de los mismos artistas é industriales, y hasta la inconstancia de esa parte del público que vive solo de las impresiones del día, y acoge hoy con entusiasmo lo que mañana mira con desden. Todo esto no nos ha sorprendido; nuestros constantes lectores saben que lo preveíamos al empezar nuestra tarea, por eso no hemos cejado en ella, y al fin terminamos hoy un trabajo, que tal vez no sea el mas infecundo de los que la prensa ha dado á luz en este año. De todos modos nuestra promesa está cumplida, ahí dejamos consignados todos los adelantos mas notables de las artes y de la industria en la mitad del siglo XIX.

Desembarazada ya LA ILUSTRACION de los artículos, esplicaciones y grabados que dedicábamos á la Esposicion, dará periódicamente cabida en sus columnas á todas las materias que debe registrar en sus páginas un periódico de actualidad.

ESPOSICION DE LONDRES.

INSTRUMENTOS DE PRECISION Y DE FISICA.

Para terminar la reseña histórica que venimos haciendo de las producciones de los diferentes países que han figurado mas ó menos en la gran esposicion de la industria universal, vamos á presentar el cuadro de los instrumentos que podemos llamar científicos y que mas llamaron la atencion en el Palacio de Cristal.

Ninguna muestra notable de instrumentos astronómicos figuraba en él: los únicos de alguna dimension que merecen citarse eran, uno de Azimbuht por Elliot, y otro universal, como lo llaman en Alemania, de Ertel. El primero es una obra bien trabajada y admirablemente concebida, con arreglo al modelo de Troughton, pero ninguna novedad particular ofrecia á los que en ella buscaban algo mas que un trabajo puramente mecánico.

El instrumento universal de Ertel, es, como lo indica su nombre, aplicable á todos los objetos para cuya medicion se necesita tomar los ángulos en una direccion vertical ú horizontal. Su combinacion está perfectamente calculada y funciona con exactitud, viéndose en él todos los adelantos últimamente adoptados en Alemania para los instrumentos de precision. Otra particularidad se observa en el de Ertel, y es que los rayos de luz, que proceden de un objeto, se reflejan en el ángulo recto del centro del instrumento, y llegan al ocular, á través del eje principal, sin es-

fuerzo alguno: por medio de esta disposicion puede servirse de él el observador, considerándolo como un sector del cenit.

Veíanse tambien muchísimos instrumentos para observaciones náuticas, entre los cuales sobresalian algunos de Elliot, y los sestantes y círculos de Dennis y de otros fabricantes, recomendables por su esquisito trabajo y por la claridad y firmeza con que presentaban todos los puntos observados.

La construccion del gran telescopio ecuatorial de M. A. Ross (y no el conde de Rosse como muchos han creido) es enteramente nueva bajo muchos aspectos, que no deben pasar desapercibidos. El movimiento ecuatorial se ve producido en dicho telescopio por medio de dos planchas, que pueden apartarse en dos direcciones perpendiculares una á otra: la inferior pasa sobre todo el ajuste y la superior sobre la inferior: en la plancha superior hay una muesca, en la cual descansa la estremidad mas baja del eje polar, y á ambos lados del gran telescopio se han fijado otros dos mas pequeños, que sirven para observar el tiempo en los dias tempestuosos ó nublados.

La Esposicion ofrecia una vasta coleccion de teodolitos y niveles. El compás solar de Burt, de que se sirven generalmente en los Estados-Unidos de América para el trazado de los ferro-carriles, es inmejorable, y su combinacion sencillísima. El objeto de este utilísimo instrumento es rectificar los errores que determinan las atracciones locales, cuando se calcula el acimut por medio de la aguja magnética.

Un teodolito de Sroedter, colocado muy cerca de los ins-

trumentos de Munich, tenia dos particularidades dignas de un detenido estudio. El círculo graduado y los ejes estaban en el mismo plano, con arreglo al procedimiento seguido en el instrumento universal de Ertel que hemos citado, y además estaban protegidos por una plancha de cobre, con indicaciones practicadas en dos aberturas de la misma.

El planímetro de Gotha es asimismo uno de los mas estimados para el cálculo aproximado de las superficies planas, por medio del integral de dos movimientos, que se cortan mutuamente en ángulos rectos.

Al hacer mencion de estos adelantos, no podemos menos de criticar la modificacion que ha hecho Kinzelbasch en el goniómetro de Wollaston, añadiéndole un movimiento suplementario que carece de utilidad conocida, y que por consiguiente entorpece la colocacion de un vidrio.

El ingenioso aparato de que se ha servido el Almirantazgo para preparar las bases de la triangulacion del catastro de la Gran Bretaña é Irlanda, ocupa uno de los mas distinguidos puestos entre los instrumentos destinados á medir los espacios lineales. Veíanse dos de dichos aparatos encerrados en relojes comunes, al lado de cartas geográficas minuciosamente ejecutadas por el Almirantazgo y como relegadas en la parte occidental del edificio. El objeto de estos instrumentos es determinar dos puntos que conserven siempre la misma distancia entre sí, á pesar de todas las variaciones atmosféricas de calor ó de frio, de sequía ó de humedad, que puedan experimentar.

Debemos tambien hacer mencion del aparato de medicion de Bressel, ejecutado por Bauman, de Berlin. No tiene las mismas condiciones que el anterior, pues no se dirige á proporcionar una medida absoluta y fija, sino á inquirir las diferencias escasas de longitud entre dos barras, á una misma temperatura, á fin de que dichas barras puedan servir después como bases de la medida. Las barras son cuadradas y de acero dulce. Los niveles se ajustan por medio de tornillos, para indicar la posicion horizontal, cuando están en contacto con los extremos puntiagudos de dichas barras. Si se levanta el nivel y se coloca en su lugar una barra, es evidente que una desviacion angular muy considerable señalará entre ambos cuerpos la mas pequeña diferencia de longitud. La sensibilidad del instrumento depende precisamente de la proximidad entre el punto de contacto con la barra puntiaguda y el centro sobre el cual gira el nivel.

Respecto á la parte francesa de la Esposicion, citaremos un instrumento curioso de Perreaus para graduar los tubos de los termómetros y otros instrumentos; la construccion de este aparato se comprende bien, sin que sea necesario esplicar sus pormenores.

Entre los instrumentos hidrográficos no se ha visto uno solo que no fuese ya conocido, aunque habia muchos admirablemente ejecutados. El trabajo artístico constituia el mérito principal de los objetos de esta serie, y debemos declarar con sentimiento, que en cuanto á adelantos científicos, se han visto muy pocos en ella. El empeño mayor de los constructores se ha fijado en la mecánica aplicada á la maquinaria en grande: este ramo les proporciona grande salida é inmensas utilidades, y por eso se encuentra hoy tan perfeccionado.

Los demás tienen que sufrir la ley del mas fuerte, y arrastran una existencia menos holgada que la del terrible rival, que ahorra brazos, tiempo y capitales.

MADAMA ADELAIDA.

Era la providencia del rey Luis Felipe, su mejor consejera y el consuelo en todas sus aflicciones: todos los hombres de gobierno han elogiado su talento, su rectitud y la prevision con que procuraba contrarrestar los



Mad. Adelaida.

acontecimientos desagradables, que la política acarrea a su augusto hermano. Cuando se quería arrancar del rey una resolución acertada, útil ó grande, hacia la cual manifestaba alguna repugnancia, era preciso buscar la influencia de Madama Adelaide. En el palacio real fué la amiga de su hermano, en las Tullerías su ángel bueno. Luis Felipe se encontró solo, aislado, por decirlo así, en la terrible crisis de 1848: porque en diciembre del año anterior le habían faltado los consejos y la dirección de aquella muger fuerte, que con el duque de Orleans, hubiera tal vez impedido que estallase la revolución.

En su juventud fué humilde, hermosa, amable, agradecida ó ilustrada: el único defecto que le achaca la historia fué su propensión á la burla. Era la única princesa aficionada á la música entre todas las de su familia. Mad. Genlis, que fué su aya y directora, le había enseñado á tocar el arpa con bastante perfección, y el idioma inglés, que hablaba con tanta soltura y elegancia como el patrio.

El 31 de diciembre de 1847 murió Mad. Eugenia Luisa Adelaide de Orleans, en medio de la consternación que agobiaba á Luis Felipe y á toda la familia real, por los sucesos desastrosos con que se había inaugurado y se cerraba aquel año, último de la monarquía de Julio, y por los tristes anuncios que presagiaba á los miembros que componían la estirpe de la rama legítima de Luis XIV, llamado el Grande.

En nuestro número de hoy publicamos el retrato de aquella ilustre princesa.

El interesante episodio de los últimos días del desgraciado D. Rodrigo Calderon, que va al pié de estas líneas, está tomado de la introducción de una obra inédita, que con el título de *La corte de los poetas*, va á dar á la estampa el apreciable editor D. Vicente Barrantes.

XXVI.

Antes que la corte partiera á Lisboa á la jura del príncipe, había mandado su padre Felipe III prender á D. Rodrigo Calderon, marqués de Siete-Iglesias, conde de la Oliva, también ministro un tiempo, ó digase secretario del duque de Lerma, quien desde su paje le había ido levantando hasta aquella altura.

D. Rodrigo, mas prudente que su protector, al perder la privanza se había retirado á Valladolid, ocultando á la vista de todo el mundo sus riquezas, que eran verdaderamente fabulosas; y arrancando de paso á Felipe III una cédula en que le daba por buen servidor; pero las intrigas palaciegas y acaso la justicia divina pudieron mas que sus precauciones.

El 20 de febrero de 1619, á la una de la noche, hallándose D. Rodrigo acostado con su esposa, oyó grandes rumores cercanos, y como se incorporase en su lecho para poner mas atención, vióse entrar con una luz á su paje de alcoba, seguido de D. Fernando Ramirez Fariña, consejero de Castilla, y de D. Francisco de Irazabal, caballero del hábito de Santiago, los dos con buen golpe de soldados y gentes de justicia. Al punto D. Rodrigo, que esperaba la visita desde mucho tiempo, comprendió su ocasion, y en buen talante y voz segura así lo dijo á los mensajeros.

—Tiene razon vucelencia, respondió Fariña. Venimos á prenderle por mandato de S. M.

Al oír estas palabras se desmayó la esposa de D. Rodrigo. —Cúmplase la voluntad del rey, murmuró este con tranquilidad.

Vistióle el paje apresuradamente, sin que diese D. Rodrigo muestras de temor alguno, aunque afirma un biógrafo de poca cuenta que no acertaba á calzarse, lo que á ser verdad, no su propia fortaleza, sino la del pajecillo amenguaria; y habiéndose apoderado Fariña de su persona, la puso con las formalidades de la ley debajo de la guarda del Irazabal, quien á aquella misma hora en un coche cerrado y custodiado lo condujo á la casa llamada del Cordon, propia del marqués de Avila-fuente, desde donde se le trasladó pocos días después al castillo de Montánchez, que está en tierras de Estremadura.

El señor licenciado D. García Perez de Araciél, fiscal de S. M. en esta causa, acusaba á D. Rodrigo Calderon:

De culpado en la muerte de la reina Doña Margarita de Austria:

De haber dado hechizos al señor D. Felipe III para ganar sus voluntades:

De haber envenenado al padre maestro fray Luis de Aliaga, inquisidor general y confesor del rey:

De haber hecho matar á D. Alonso Carvajal, caballero del hábito de Santiago, y al padre Cristóbal Suarez, de la compañía de Jesus, y á Pedro Caballero y á Alonso del Camino.

Esta parte de la acusacion no se pudo probar, y los jueces la desestimaron.

Era además tan ridícula é infundada, que su desestimacion no hizo Licurgos de los jueces.

La reina Margarita había muerto naturalmente de sobrepardo, en 1614, asistida de enemigos de Calderon, como el patriarca de las Indias, D. Diego de Guzman, arzobispo de Tiro, que después escribió su historia.

Felipe III no necesitaba de hechizos para ser un rey á la buena de Dios.

El padre Aliaga ni había muerto, ni murió sino mucho tiempo después de desterrado por el conde-duque.

Por lo que toca á Carvajal, Suarez, Caballero y Camino, no hemos podido hallar rastro de su vida ni de su muerte.

Lo que resulta del proceso plenamente probado y ocasionó la sentencia de D. Rodrigo, fué la de Agustin de Avila, alguacil de corte, muerto en la cárcel, después que intentaron envenenarle por orden de D. Rodrigo, y la de Francisco de Juara, asesinado por el sargento mayor D. Juan de Guzman, á quien pagó D. Rodrigo liberalmente su hazaña.

De estos dos personajes se conservan muy pocas noticias; pero convienen casi todas en que Francisco de Juara era un truhan devoto de D. Rodrigo, á quien servía como de corredor para allegar pretendientes y desplumarlos. Cuando la reina Margarita comenzó á atacar el poder del secretario, puso los ojos en Juara, porque sus declaraciones servirían mucho á sus planes; pero al presentarse á prenderle por orden de la reina el famoso licenciado Gregorio Lopez (á quien tanto debe la jurisprudencia española), hijo natural del no menos famoso

generalísimo de Lepanto, halló que Juara sin saber por dónde ni cómo había partido al extranjero, con el oro y la ayuda de D. Rodrigo. Poco tiempo después, mal hallado en la emigracion, volvióse á España, y tan resuelto y descarado, que quería morar en la misma posada del ministro, con que puso á este en el estremo de hacerle salir para Portugal, en tan buena sazón que ya acudia á prenderle Gregorio Lopez.

Llegaba apenas á Hornachuelos Juara, cuando D. Juan de Guzman, sargento mayor á quien conocia por allegado al ministro, se le reunió cabalgando en un poderoso alazan con el hierro de M. y S. y la corona del marqués de Siete-Iglesias. Cenaron juntos en un meson, y al día siguiente amaneció asesinado Francisco de Juara.

De Agustin de Avila, ó sea Avillilla, el alguacil, como le llama Quevedo, se sabe solamente que estando preso en la cárcel de Corte, salió á una ventana dando gritos lastimeros, y poco después pareció ahogado en su mismo calabozo.

A estos crímenes se juntó su avaricia insaciable, que si no se tenia por el crimen mayor en aquellos tiempos, si lo debe de ser para los presentes. Amasar palacios con el sudor del pueblo, es en los que le gobiernan desman intolerable.

Sobre sus títulos, empleos y preeminencias, gozaba Don Rodrigo de los siguientes gajes y regalías:

Un regimiento con voz y voto en Valladolid.

Un maravedí de cada bula de la Cruzada que se imprimía en aquella ciudad.

Un balcon perpetuo en su casa de ayuntamiento.

Un aposento perpetuo en su casa de comedias.

Otro aposento perpetuo en el corral del Príncipe de Madrid (1).

Dos regimientos con voz y voto en la ciudad de Plasencia.

La mitad de los hallazgos del buzo. (Que es lo que se saca del mar cuando naufraga una embarcacion. En aquellos tiempos, con tantas flotas de América, este derecho valia muchos miles de ducados.)

Pagábale también derecho el palo del Brasil, llamado campeche.

Pagábasele también las piedras de tahona y de afilar que se aportaban á América.

En suma, sus rentas ascendían á doscientos mil ducados; y sobre esto dicen los autores que sacaba á los pretendientes... para quantes!!!

Escondidas en una casa de Valladolid halláronse cuando le prendieron tales y tantas alhajas, que solamente los diamantes montaban á dos mil cuatrocientos once.

La almoneda pública que se hizo por mandato del tribunal importó setecientos sesenta mil ducados, sin contar la ropa blanca, que ascendió á doce mil, ni las pinturas, coches y caballerizas, que tasadas en doscientos sesenta y cuatro mil setecientos ocho ducados, no llegaron á venderse.

XXVII.

Fué una lección tan notable á los ambiciosos políticos la vida y la muerte del marqués de Siete-Iglesias, que no parece fuera de propósito el relatarlas aquí con la posible brevedad.

Flamenco D. Rodrigo, como nacido en Amberes del capitán D. Francisco Calderon, y de una doncella alemana, después muger de su padre, vino con este á Valladolid para entrar al servicio del vicescanciller de Aragon, servicio que trocaba á poco con esperanzas de mejor fortuna, al de D. Francisco de Rojas, marqués de Denia, que había de ser, andando los tiempos, ministro, duque de Lerma y cardenal.

Al principio de su favor con Rojas era tan torpe D. Rodrigo, que los demás pajes se burlaban de él claramente, por lo que se vió obligado á no dejar un punto la compañía de su señor, con que se fué introduciendo y afirmando aquella amistad que tan alto le había de subir. El buen marqués de Denia tomaba por afición lo que era en D. Rodrigo necesidad originada del miedo á los pajes. Con esto no se cansó de prodigarle adelantos. El rey á sus instancias hizole merced de ayuda de su cámara, con el hábito de Santiago y la encomienda de Ocaña, y luego marqués de Siete-Iglesias y conde de la Oliva, señorío de Doña Inés de Vargas, dama principal de Cáceres, con quien se había casado Calderon.

A la salida de D. Pedro Franqueza, conde de Villalonga, de la secretaría de Estado, alcanzó D. Rodrigo este empleo, poniéndose al igual del duque de Lerma en el favor del rey, que era el dominio de España.

Que abusó de su poder está fuera de toda duda. Con el ejemplo de su protector y de casi todos los servidores del Estado en aquellos tiempos, no parece sino que D. Rodrigo hizo punto de honra el aventajarseles. Sus trenes eran los mas fastuosos de España, su orgullo el mas intolerable, su desdoro no podía tener igual; trataba con menosprecio á los mas altos señores, hablaba con desden de la real familia, y de sí con una petulancia que descubría su poco talento. Si recibía á los pretendientes, era para humillarlos; si á los caballeros, para darse aires de igual; si á los desvalidos, para desahogo de sus atrabiliarios humores. Unos lo reían en su interior, murmuraban otros, y los mas bien claramente daban indicios de que les era insoportable su proceder.

A la hora del despacho no parecía su antecámara sino un teatro donde se representasen esas comedias que el vulgo tiene por ficciones de la poesía. Arrellanado Calderon junto á su mesa, iban uno á uno acercándosele los pretendientes. El traje y el nombre indicaban siempre cómo serian recibidos. Tal vez ni con una leve inclinacion de cabeza; pero si acertaba á presentarse algun señor de valimiento, corría á darle la mano, y le prodigaba cuantas bajezas pueden caber en un alma ruin.

Gil Blas de Santillana, que en puntos de historia secreta debe ser tenido como de fé, refiere á este propósito un justo castigo del cielo que recibió su arrogancia.

«Habiéndose llegado á Calderon un hombre vestido llanamente, y que no aparentaba lo que era, le habló de cierto memorial que decía haber presentado al duque de Lerma. »D. Rodrigo no solo no miró al caballero, sino que le dijo ásperamente:

(1) Todas las historias generales, y el manuscrito que nosotros poseemos, dicen que este corral era el de la Cruz; pero seguimos á Pellicer en su *Historia del histrionismo*, porque nos parece en cosas teatrales el mas digno de crédito.

—¿Cómo se llama vuesa merced, amigo?

—En mi niñez me llamaban Frasquito, le respondió con serenidad el tal; después me han llamado D. Francisco de Zúñiga, y hoy me llamo el conde de Pedrosa.

«Sorpresa de esto Calderon, y viendo que trataba con un hombre de la primera distincion, quiso disculparse y dijo:

—Señor, perdone vucelencia, si no conociéndole...

—«Yo no necesito de tus excusas, interrumpió con altivez »Frasquito; las desprecio tanto como tus modales groseros.»

Para que mas se viera en esto la mano de la Providencia, este Zúñiga era deudo de aquel D. Baltasar que á la muerte de Calderon compartía con Olivares, su sobrino, el valimiento de Felipe IV, heredado de Lerma y D. Rodrigo.

«Pobre y nacido de una muger soltera atreverse á humillar á los herederos de la gloria de Carlos V! Hasta el populacho le aborreció de muerte.

Como ministro de un rey todavía poderoso, apenas puede juzgarse á D. Rodrigo Calderon. Atento no mas á sus creces, dejaba al duque de Lerma los principales asuntos del Estado, reservándose los de mayor cuantía que pudieran traerle algun medro ó algun bien. Sin embargo, el historiador del siglo XIX tiene con sus lectores un deber muy sagrado, no conocido de los antiguos, que es penetrar en el corazon humano con ayuda de la fisiología, y descubrir los raros fenómenos morales de que es guardada. Alta empresa aunque consoladora, pues disminuye lo horrible de la verdad, es sin duda alguna desenterrar los cráneos históricos para sujetarlos al reconocimiento de la frenología. El bien y el mal se tienen de tal manera repartido el mundo, que en todos los hombres su influjo se equilibra cuando menos. El rasgo mas pronunciado del carácter del hombre es una contradicción sempiterna, una como flaqueza de espíritu que oscila entre los dos polos morales, sin inclinarse tal vez á ninguno definitivamente. Si nuestros lectores no lo creen indigno de una obra histórica, les diremos que el asno de Buridan, vacilando entre dos piensos, es una magnífica parábola.

Llena está la humanidad de ejemplares como D. Rodrigo Calderon, que por contradictorios en el carácter, con el trascurso de los siglos parecen inverosímiles.

¿Quién creería que aquel mismo hombre orgulloso, desnaturalizado y egoísta, era á par caritativo con estremo, y privadamente, no por la vana gloria de oírse alabar de los extraños? ¿Quién creería que era devoto sin afectacion y buen cristiano, á par que ordenaba asesinatos y alevosías?

Pruebas dejó de todo.

El autor de un manuscrito que tenemos á la vista, autor bien enterado, y quizás de sus mismos jueces, se admira candidamente muy á menudo de estas contradicciones tan comunes en la historia de la humanidad.

Neron, el verdugo de su madre y de sus vasallos, que deseaba que todos tuviesen una sola cabeza para cortársela de una sola vez, se perecía por la gloria civil, por esa gloria, instinto comun á las almas buenas, como que redundaba en pro de la perfeccion moral del hombre. El que pegaba fuego á Roma por divertirse, quería ser el mejor poeta y el mejor músico de Roma.

No hay historiador tan imparcial como el pueblo, ni juez tan justo. Todavía se dice entre las gentes, de algunas intolerables, que *tienen mas orgullo que D. Rodrigo en la horca*.

De su desprecio á los humildes y de su desvanecimiento en el poder, conserva la tradicion una prueba verdaderamente horrorosa.

XXVIII.

Retirado en Valladolid el capitán D. Francisco Calderon su padre, al saber las murmuraciones del pueblo, vino á la corte con gran premura, determinando de apartar á Rodrigo de la senda de su ruina. Era el capitán uno de aquellos españoles que habían aprendido en las guerras de Italia y de Flandes á vivir con honra y á morir con gloria. A su llegada á Madrid hallábase el marqués de Siete-Iglesias en su gabinete entretenido en pláticas con algunos cortesanos principales, y aunque le participaron el suceso sus servidores, ni se dió por entendido ni acortó las pláticas. Dos horas largas pasó en la antecámara el anciano, creyendo ocupado á Rodrigo en las graves cosas de la política, hasta que con marcharse los cortesanos pudo ser introducido en el gabinete.

Todo al principio fué bien en esta entrevista. Las ternezas y los sollozos del capitán hallaron eco en el corazon del ministro, que se entretuvo amablemente en preguntarle cosas largas de la salud y de la familia; pero cuando el anciano tocó la fibra delicada de su valimiento, oscureciöse la faz del marqués, y se traslucía su disgusto en lo severo de sus miradas.

—Dícenme, hijo del alma, que el poder os desvanece, exclamó el pobre capitán mirándole de hito en hito.

—¿Vos lo creéis, padre y señor? le preguntó el marqués.

—Cuando llegué á esta casa, y me hicieron esperar casi dos horas, íbame yo ya creyendo.

—Bien visteis que tenía á la sazón visita.

—¿Visita! ¿no tratábais negocios del Estado?

—No por cierto.

El capitán bajó los ojos, mientras mojaba una lágrima su bigote encanecido en servicio de Dios y del rey.

—¿Si yo supiera quién murmura de mí!... balbuceó D. Rodrigo con voz sorda, sin notar el estado de su padre.

—¿Qué hariais? exclamó este levantando la cabeza.

—No me lo preguntéis, señor.

—¿Qué hariais?

—Tened en cuenta que en España ofende al rey quien á mí me ofende.

—Habeis de decirme qué suerte espera á quien murmure de vos.

—¿Por qué? repuso D. Rodrigo admirado de aquel empeño.

—Porque yo murmuro y murmuraré... porque yo he ganado en Flandes, á poder de cuchilladas, mucha honra, para que así me la deje manillar por quien debía de acrecentármela. Si habeis medrado tanto para mengua de nuestro nombre, ¡mal haya yo que os le di! ¡mal haya vuestra madre que os concibió!

Miraba D. Rodrigo á su padre con un ceño irónico, que daba á su fisonomía un aire horrible de ver.

—¡Mal hayais! murmuró al fin con turbado acento; que ahorrárame yo de muchas humillaciones, con ser otra persona...

—¡Ira de Dios! dijo el capitán levantándose y con los ojos como ascuas. ¡Maldecís de vuestro padre! ¡Renegáis de vuestro origen! ¡Ah! ¡qué bien penetra a ese corazón ruin! Vos quisierais llamaros Bazan, Toledo, Rojas, Giron, Zúñiga, Lacerda, Mendoza, Enriquez, Pacheco, Tellez ó Haro, antes que Calderon, nombre que por nuestro os parece de nonada. Pues sabed que es tan limpio como el mejor, y que á no ser yo quien soy le empañara por solo afrentaros.

—¡Señor padre!
—Voto á mis canas, que no habeis de volver á verme.
—Haced lo que mas os plazca.
—No digais á persona alguna que el capitán D. Francisco Calderon ha peleado en Flandes.
—¿Por qué? preguntó el ministro con estrañeza.
—Porque en Flandes hemos ganado mucha honra, y no creerán que sois hijo mio.

El marqués se encogió de hombros, reclinándose meditabundo en su sillón, mientras el anciano salía de la casa resolviendo en su entereza de no volver á pisar sus umbrales.

Entonces se vió en la corte de Castilla el mas horrible caso que registran los anales de la degradacion humana. El poderoso ministro de Felipe III dióse á buscar un padre de alta alcurnia, y hubo de poner los ojos, segun lo dejan traslucir los papeles de aquel tiempo, primeramente en el anciano duque de Alba, de horrible memoria para los flamencos, y después en el mismo duque de Lerma, á quien debía su elevacion. Este propósito no iba mal encaminado, aunque insuficiente. Como á todo el mundo asombraron los dones de que el valido colmó á su paje, se diera con facilidad crédito á una mentira de tal naturaleza; pero no alcanzaba á borrar la mayor tacha que á Calderon ponian los cortesanos, que era lo ilegítimo de su nacimiento. Aunque el duque-cardenal accediera á tan estraña pretension, no seria sino como hijo natural ó adulterino, pues los suyos, el duque de Uceda y la condesa de Lemus, eran sobrado altivos para consentir tamaña deshonra.

Esto sin contar que, como hemos dicho, el de Uceda andaba tambien enemistado con su padre, llegando al punto de que el cardenal se aliase con hombres que aborrecia, para contrarrestar é impedir las intrigas de su hijo: ¡efectos crueles de la ambicion desordenada!

En lo malo seguia maravillosamente D. Rodrigo Calderon las huellas de su patrono.

Sin duda la Providencia divulgó el suceso, para castigar juntamente á aquel hijo desnaturalizado en su orgullo y en su fama. El pueblo español, siempre poeta y mordaz, aprovechó la ocasion para componer al ministro esta copla.

Un señor busca padre,
aunque lo tiene;
pero como es tan bueno
nadie lo quiere.

El capitán D. Francisco arrastraba en Madrid entre tanto una vida oscura, amarga y miserable. Los impulsos del corazón le traían á su pesar á la calle Ancha de San Bernardo, donde moraba su hijo; pero gracias á esfuerzos desesperados, aunque con lágrimas en los ojos se volvía sin verle ni traspasar sus umbrales. Para colmo de afliccion murió por aquel tiempo su segunda muger, madrastra á quien aborrecia Siete Iglesias y el capitán adoraba. Quizás esta muerte venció al hijo ingrato; quizás su conciencia propia; quizás las habillitas de la corte, que parece lo mas probable.

Ello fué que un dia al despertarse el anciano halló á un mensajero del ministro, que le rogaba encarecidamente se dejase conducir á su presencia.

Que no resistió mucho el capitán fácil es de concebirlo. Calderon al verle se arrojó á sus brazos deshecho en lágrimas, y con humildad al parecer sincera le pedía su bendicion, pugnando por arrodillarse. D. Francisco lloraba tambien á lágrima viva, alabando á Dios en muy altas voces.

—Ved ahora, señor padre, dijo luego D. Rodrigo alargándole un papel, lo que os pruebe si nace del corazón mi arrepentimiento.

—¿Qué papel es este? murmuró el anciano que de gozo no veía.

—El príncipe Filiberto de Saboya, gran prior de la órden de San Juan, os concede á ruego mio el hábito y la alcaldía de Consuegra.

D. Francisco no acertaba á responder.

—Ved ahora este segundo papel, añadió el ministro.

—¡Del rey Felipe III!

—No os engaños. Os hace merced de una tenencia de la guardia alemana con el hábito de Santiago.

Al parecer, era efectivamente sincero este cambio de Don Rodrigo, que siguió colmando á su padre de distinciones y de amor; pero cuando un año después le otorgó Felipe III la comendaduría mayor de Aragon, las primeras palabras del valido delante de muchos cortesanos, fueron estas:

—Padre y señor, ya tenets señoría.

Frase estúpida que revelaba lo grosero y torpe de su amor filial.

Aunque D. Francisco nada entonces respondió, retiróse á poco tiempo á Valladolid, desde donde escribía á su hijo cartas amarguísimas y tiernas, con buenos consejos y tristes vaticinios, que no tardaron en realizarse.

(Concluirá.)

V. BARRANTES.

SEIJAS.

FILOLOGIA.

ENSAYO SOBRE LAS PREPOSICIONES.

ADVERTENCIA.

Quando se dió á la estampa con estimacion y aplauso universal la coleccion de poesías del señor Selgas y Carrasco titulada *La Primavera*, hizo público ser estos y otros sazonadísimos frutos sabroso alimento de conferencias literarias, que en el tranquilo seno de una franca amistad tienen

lugar periódicamente en casa del señor Fernandez-Guerra.

De tan provechosos frutos es parte el estudio gramatical que llena las presentes páginas, escrito, sin ánimo de que jamás viese la pública luz, y solo para aquellas reuniones, por el señor D. Francisco de Paula Seijas y Patiño, á quien no se ocultan ciertamente los fundamentos y genialidades de nuestra siempre hermosa lengua castellana.

LECCION PRIMERA.

Importancia del estudio del lenguaje.—Método de estas lecciones.—Estudio filosófico.—Estudio histórico y práctico.—¿Se ayudan ó se rechazan?—Lenguaje ideológico.—Lenguaje gramatical.—Diferencias.—Signos.—Palabras.—Declinables.—Indeclinables.—Cuáles son primeras en el desarrollo filosófico.—Cuáles en el desarrollo histórico.—Cuáles en el orden gramatical.—Razon de las declinaciones.—Por qué son indeclinables las particulas.—¿Son necesarias?—¿Es cierta la idea de que las preposiciones pueden sustituirse?—Resúmen.—Conclusion de la leccion primera.

«El lenguaje es la expresion del pensamiento por medio de las palabras; esta expresion se halla sujeta á principios comunes á todas las lenguas; el descubrir y examinar estos principios es el objeto de la gramática general ó filosofía del lenguaje.

«Como el habla es una cosa que se nos da hecha, su estudio debiera ser analítico, esto es, descomponiendo, llegando á encontrar lo que debe haber, después de haber visto lo que hay. En la enseñanza de esta parte de la filosofía se puede proceder tambien por el método sintético; pero conviene no perder nunca de vista que la gramática general versa sobre un hecho dado, y que por consiguiente nunca deben las teorías contrariar á la observacion.

«La utilidad de la gramática general es mayor de lo que comunmente se cree, á juzgar por el breve espacio que se le asigna en la enseñanza. Estudiar el lenguaje es estudiar el pensamiento; el adelanto en un ramo, es un adelanto en el otro; así lo trae consigo el íntimo enlace de la idea con la palabra.

«Otra utilidad de la gramática general es el preparar al estudio científico de las lenguas. Estas se pueden aprender de dos modos, por rutina ó por principios; en el primer caso el trabajo es mucho mayor y el conocimiento mas incompleto: la memoria se carga de palabras y de reglas, que se olvidan fácilmente, porque les faltan los principios que les sirven de base y exciten su recuerdo; en el segundo, el número de las palabras y de las reglas es mucho menor, porque basta conservar lo primitivo, y la ley con que se forma lo secundario.

«El estudio del lenguaje es muy importante para el de la historia del género humano: en ello se interesa la religion de una manera especial, como lo manifiestan las dificultades que la lingüística ha suscitado á la narracion de los libros sagrados, y las soluciones cumplidas que se les han dado con los progresos de la misma ciencia, alcanzando la verdad de nuestra religion los mas brillantes triunfos.

«El exámen del lenguaje produce otro bien de la mayor trascendencia, cual es el que excita en el alma un indecible asombro, en vista del admirable fenómeno que llamamos *hablar*; nos hace notar ese prodigio, en que antes no reparábamos; nos inspira una profunda conviccion de que no ha podido ser inventado por el hombre, con lo cual nos lleva de la mano á la revelacion primitiva, á una comunicacion de los primeros hombres con Dios: esto es, á reconocer por el camino de la filosofía la verdad de la narracion de Moisés, y por consiguiente la divinidad de la religion que estriba en aquella base.

«Estudiemos pues á fondo el lenguaje, ese bello patrimonio del hombre, ese carácter que le distingue de los brutos animales, perenne testimonio de su inteligencia, sublime insignia con que el Hacedor Supremo ha señalado al rey de la creacion.»

He trascrito á la letra el primer capítulo de la gramática general del malogrado Balmes, porque nada he visto que tan perfectamente se ajustase á mis ideas, ni que con tanta exactitud pudiera servir de exordio á esta leccion. Y lo he trasladado completamente, porque no es posible encontrar un cuadro mas perfecto de lo que el lenguaje es, y de lo que su estudio ha de ser. En él se manifiesta de un modo evidente su necesidad é importancia, y no debo yo añadir una palabra.

Paso á esponer el método que he de seguir en esta leccion y en las sucesivas, porque el método trae en pos de sí la claridad, y la claridad la exactitud, principios que sirviendo de base en este género de trabajos, allanan el camino y vencen las dificultades. No será la profundidad el distintivo de estas lecciones; pero mucho menos en la de esta noche, que puede considerarse como programa de las que le sigan.

Parece conveniente que antes de hablar de las preposiciones, objeto de mi tarea, les señale un puesto entre las partes de la oracion, determinando su servicio. Hecho así, y antes de entrar en el exámen detenido de cada una, conviene clasificarlas, comparando las usadas en el habla castellana con las de algunos idiomas, ó padres ó congénitos del nuestro, y aun con alguno que bastante difiera en índole y construccion.

No se estrañará por tanto que tome el asunto de mas arriba y presente algunos principios de gramática general, que sirviendo de punto de partida y de base al raciocinio, nos conduzcan como de la mano al fin apetecido.

Diferénciase mucho el estudio filosófico de las lenguas, del histórico y práctico de las mismas, como en todas las ciencias acaece, y nace esto de que la filosofía, habiendo nacido de los hechos, no tiene en cuenta los hechos cuando va á demostrarlos, al paso que la historia nos los presenta sin indagar su razon ni su espíritu, aunque ordenados y cronológicamente dispuestos, y como sirviendo de antemural á los estraños de una imaginacion acalorada ó de un insano entendimiento, dejando reservado á la práctica, que ni á las razones ni á la historia atiende, el trastornarlos é invertirlos. El hombre obró y ordenó sus actos antes de pensar sobre ellos, como el muchacho suma y resta antes de conocer las leyes de la adiccion y sustraccion. Ni la historia, ni la filosofía ni la práctica se rechazan, por mas que muchas veces se contradigan: es que no han llegado á entenderse. Para ir á un mismo punto han tomado rumbos diversos y distantes entre sí, y se hallan hoy á la mitad del camino que han de recorrer.

Busca el filósofo dentro de sí mismo ó en los objetos que le rodean, pero sin atender al instrumento de que se vale, el origen de la primera palabra, y halla los nombres de las cosas y las declinaciones que indican sus diferentes estados. Sigue adelante, examina el verbo *ser*, y se traduce con él todas las ideas de la actividad y de la existencia. El historiador le dice, oponiéndose á sus instrucciones: no hay declinacion en muchas lenguas, hay verbos en todas, cuya accion no la explica el verbo *ser*; es inexacto tu raciocinio; y en tanto el práctico habla perfectamente el idioma de sus padres. No le pregunteis por qué construye de este ó del otro modo: se encogerá de hombros y volverá á repetir cien veces la frase que ocasionó vuestra pregunta. Apodérese el filósofo de la historia y de los hechos, y sobre estas bases funde sus raciocinios. No se rechazarán entonces la historia y la filosofía.

Nació la gramática después que las lenguas, y trabajó sobre lo ya existente, con sus generaciones lógicas y naturales, con sus caprichos infinitos. Por eso la gramática general cuenta tan pocos años de existencia. Los trabajos de esta clase que podemos consultar son por lo comun eminentemente prácticos; en algunos se suele notar cierta tendencia histórica, ó mas bien etimológica; pero ninguno estriba en los principios filosóficos. La razon de este fenómeno está en la diferencia que hay entre el lenguaje ideológico y el lenguaje comun ó gramatical. Este ha buscado para sus divisiones las analogías y las identidades, con preferencia al origen y á la razon de los hechos. Ha dividido la gramática en dos grandes secciones, partes declinables, partes indeclinables (1). Ha visto mas fáciles á la comprension del estudiante, para quien primero se hicieron estos trabajos, los nombres de las cosas y de sus cualidades, los que ha considerado como sustitutos de las mismas cosas, porque alguna vez empleó de ese modo las palabras que denotan la actividad; dejando para lo último los signos, no de entidades reales, sino de relaciones abstractas y metafísicas, mas sencillos en su forma, pero mas difíciles en su construccion, por las aplicaciones que de ellos han hecho las lenguas, llegando á ser con ello la parte mas difícil de la sintaxis.

Destutt Tracy quiso variar este orden, porque no lo creyó adecuado á sus opiniones; pero el método que substituyó ni fué lógico, ni exacto, ni completo, consiguiendo con él tan solo el destruir su sistema filosófico. Materialista, empezó la gramática por los signos primeros en el desarrollo histórico, por las interjecciones, y siguió con los nombres, como si después que el hombre espresa los sentimientos de dolor, pudiera darse razon de los objetos que le rodean, formar juicios y establecer comparaciones, actos sin los que no puede formarse idea de los nombres de las cosas. Destruyó sus principios filosóficos, porque sancionando y estableciendo que las ideas no son mas que las sensaciones, y por tanto que los objetos obraban sobre los sentidos que reflejaban las ideas, y no los sentidos sobre las cosas, fué lógico en empezar por las interjecciones; pero no fué filósofo ni lógico en colocar después á los nombres, resultados siempre de la accion de la voluntad y del juicio sobre los objetos y las entidades, nunca de la sensacion. Las interjecciones no son partes del discurso, y pertenecen al lenguaje, porque son sonidos articulados, no por otra cosa. Para que como á tales se las considerase, necesario seria é indispensable que se les señalara su puesto, que se manifestara su significado, el enlace que tienen con las demás, de qué modo las modifican, que cupiesen, en fin, en las condiciones todas que son inherentes á las partes de la oracion. Es su naturaleza distinta de la de los verbos, no se asemejan á las preposiciones, no tienen nada de comun con los nombres, conjunciones, etc. Por eso, con diferencias muy cortas, nacidas de la índole eufónica de cada pueblo, son las mismas en todos, sin que basten á contrariar esta observacion el hallar frases como «por vida! Me Hércule», propias de cada país, distintas en cada lengua, porque estas no son interjecciones, sino frases interjectivas que participan de la naturaleza de aquellas, que como ellas manifiestan las sensaciones, aunque auxiliadas de las palabras é ideas ya conocidas. «Ah! Eh!» y otras emisiones de voz semejantes, ¿no se encuentran en todos los idiomas? Son, repito, signos naturales con que se espresa la alegría y el dolor. Quédame que hablar de las palabras y de su division. Así como á las interjecciones las he llamado signos naturales de la expresion, porque simplemente y aun contra la voluntad del que habla enuncian la sensacion, así por palabra entiendo los signos que en el lenguaje traducen un pensamiento, un juicio, un acto de la voluntad.

Yo, siguiendo á Destutt Tracy, en cuanto asegura que las interjecciones son las primeras voces en el desarrollo histórico, no puedo luego seguirle en su sistema por lo que acabo de esponer, y por lo que voy á manifestar al hablar de las palabras. Estas esplican ó un objeto que tiene una existencia material ó metafísica, la movilidad ó accion física ó moral, en cuyo caso están los nombres y los verbos, ó espresan é indican las relaciones y calidades, la semejanza y ayuntamiento de los objetos y de su accion, en cuyo caso se hallan las demás partes del discurso. Á las primeras se les da el nombre de palabras declinables, y á las segundas el de indeclinables. Examinémoslas en conjunto y de ligero, pues no es este el lugar á propósito de entrar en detalles, ni el objeto principal de estas lecciones lo permite. (Continuará.)

CAJA PARA TÉ.

La caja para guardar frascos que contienen té, es uno de los objetos que espuso Mr. Tahan en el Palacio de Cristal. Repetidas veces hemos hecho mencion de los artículos de ebanistería de este afamado artista, cuyo mérito es hoy universalmente conocido. Sus trabajos son en extremo delicados, y reunen la utilidad á la hermosura. La caja de que hoy hablamos es sencillísima; pero está tan bien concluida, tiene embutidos de tanto gusto, que todos cuantos la han visto convienen en que es digna rival del velador, de los neceseres y del cofre esculpido, obras todas del mismo Mr. Tahan, y que tanto han agradado á los inteligentes.

(1) Burnouf en sus gramáticas latina y griega, Noel y Chapsal en la francesa, si bien siguen esta division, dan á cada parte un nombre diferente del que hasta aqui se les daba, notándose ya la tendencia y el influjo de la gramática general en las particulas en un idioma dado.



El taller de modista.—'d'oulo ar bicis s.



La ambicion satisfecha.—Murmuracion del prójimo.



Tipos franceses.—El conductor de diligencias.

LA PERLA DEL TURIA.

Por Francisco J. Orellana.

(Continuacion.)

Di algunos paseos por el zaguan, y ya estaba resuelto á marcharme, cuando vi aparecer en la entrada á Cándida en persona... di un grito y me precipité á su encuentro: ella se quedó parada, y dejó caer un rollo de papeles que en la mano traía. La sorpresa le impidió proferir una palabra.

—Cándida! exclamé... señora! V. aquí? en este estado?

El mas vivo carmin cubrió por un momento las mejillas de Cándida, pálidas y enflaquecidas. La desgraciada jóven dirigió á la porteria una mirada acusadora, como si quisiese decir: ¿Me habeis calumniado, como soles? y dando rienda suelta á sus lágrimas, me tendió la mano, y no pudo hablar. Una cruel sospecha se apoderó de mí: ¿sufriría Cándida las consecuencias de una infraccion de sus deberes? Pero el amor, la admiracion de que Cándida era objeto por parte mia, se sobrepusieron á este pensamiento indigno de mí, y estrechando entre mis manos las de la jóven, repetí:

—Cándida! permítame V. que la dé aun este dulce nombre: ¿como es que se halla V. en París?

—Y V., me contestó, ¿cómo es que me hace esa pregunta? Si no sabe V. nada, ¿cómo es que me busca?

—Yo, preciosa Cándida, no buscaba á V., sino á una desconocida desgraciada, de su mismo nombre. Si yo hubiese sabido que esa desgraciada era V.!

—¡Oh!... sí, muy desgraciada! exclamó sollozando; y serenándose en seguida, añadió haciéndome advertir con su mirada que los porteros cuchicheaban:

—Pero aquí no estamos bien: esas gentes no sé lo que piensan de mí... Si no estrañasen que yo recibiese á V. en mi aposento...

—Vamos, Cándida, donde V. quiera. ¿Qué importa lo que digan esos miserables? ¿No es V. dueña de sus acciones? Y reprimiéndome en el acto, continué: tiene V. razon, yo no soy su marido... sin embargo, necesito enterarme, saber lo que ha pasado, sondear este abismo de dudas que me asesinan; Cándida, sí, porque sufro mas en este momento, que cuando supe...

No me atrevi á concluir, porque vi que mis palabras afligian á la infortunada jóven; pero ella dijo:

—Ah!... perdon, Gracioso! he sido ciega!...

Esta interrupcion fué pronunciada con toda la efusion del mas acerbo arre-



Tipos franceses.—El Alcides de calle.



Tipos franceses.—El cochero de provincia.

pentimiento. Sin aguardar mas, me dirigí á la porteria y pedí la llave de Cándida.

—¡Ah!... eso es, la llave, refunfuñó el portero: aquí está: el señor será...

—¿Qué le importa á V.? repliqué lleno de ira: soy el marido de esa señora.

—Bien, bien: el marido, eso es: Mr. Luque: digo, el señor príncipe de... Humilde servidor.

El cancerbero se quedó gruñendo, y yo, volviéndome á Cándida, la dije:

—Vamos. La rica, la opulenta hija de D. Julian, el ojito derecho de aquel honrado padre, la maravilla de los salones, la Perla del Turia, se hospedaba en una miserable buhardilla, donde no habia mas muebles que una pobre aunque limpia cama, una mesa de pino y una silla: verdad es que tampoco cabia mucho mas. Cándida puso sobre la mesa los papeles que traía, los cuales se entrecubrieron y conocí que eran dibujos: me ofreció la silla, que no acepté, tomé asiento en la cama, y temiendo ser indiscreto con mis preguntas, aguardé que ella se explicase.

—«Pronto nos volveremos á ver, dijo repitiendo mi despedida; y espero que para entonces habrá cambiado la suerte. ¡Y cuánto ha cambiado, Dios mio!... desde que nos separamos en Valencia! Qué porvenir tan halagüeño me sonreia entonces, y cuán agena estaba yo de pensar que mi mejor amigo habia de volver á verme en esta situacion angustiosa, en este horrible abandono.

—Por Dios, Cándida, espíqueme V. lo que le sucede, y no se aflija por nada. Ya que se digna V. llamarme su mejor amigo, muéstrame su corazon sin rebozo. La casualidad me ha traído aquí: la mano de Dios me ha guiado con el único pensamiento de consolar, de amparar á una compatriota, á una muger que sabia se llamaba Cándida. Esa muger es V. ¿Qué no haré yo por aliviar la suerte de la mas amable de las criaturas?

—De la que V. ama, repuso: lo sé, Florencio: mi corazon me lo ha revelado tarde; pero ya no lo dudo. La venida de V. á París, por mucho que disimule, ¿qué objeto puede tener sino?...

—Se equivoca V., repliqué interrumpiéndola: yo ignoraba que V. estuviese en esta ciudad... Después de una cruel dolencia que me puso á el borde del sepulcro...

—¡Y de que yo fui la causa! exclamó Cándida llorando.

—No, la culpa es mia únicamente: después de aquella enfermedad, busqué la muerte en un montin; no la encontré, y para no sufrir un fin deshonroso, hace un mes que vine á París.

—¡Un mes! ese tiempo haré que yo estoy aquí.

—Pero ¿cómo ha venido V.?.. ¿Cómo se halla sola, abandonada, pobre... Dios mio! ¡y yo que vivia en la ociosidad y en la abundancia!

—Florencio, mi buen amigo, escuchéme V. con misericordia... creo merecerla, pues soy des-



Tipos franceses.—El viajero económico.



Tipos franceses.—El lector de calle.

graciada, y nunca supe la estimacion en que V. me tenia. De otro modo, jamás me habria cegado el demonio del orgullo, que me ha perdido. V. sabe que me casé con aquel hombre, sin conocer lo que hacia. No le hubiera dado mi mano, á no ser porque juró no separarme del lado de mis padres: ni estos habrian consentido en ello, sin esta condicion. Dios mio!... ¡cómo les diré ahora que su hija está reducida á la miseria!

—Pues qué; no saben nada?

—No he tenido valor para escribirles tan terrible noticia; porque estoy segura de que se morian de sentimiento. Prefiero callar, que no sepan de mí en mucho tiempo, que se vayan acostumbrando á mi ausencia y á mi silencio: así, cuando reciban el golpe cruel que les amaga, estarán habituados á padecer, y lejos de aumentarse su dolor, se alegrarán... Sí, se alegrarán, Florencio; porque me presentaré yo misma á participarles mi desgracia, y no lo haré llorosa y desolada como ahora; sino radiante de gloria y precedida de una reputacion europea. He pensado hacerme artista, adoptando un nombre supuesto; conquistar laureles y riquezas; para que, cuando mis padres me vean, puedan decir: al menos es dichosa!

—¡Bello sueño de la desesperacion! exclamé con el corazón oprimido: eso sería muy razonable ayer, Cándida; pero hoy que tiene V. un amigo...

—Ay! es verdad! contestó, soy muy injusta... Debo aceptar ese apoyo, y volar á los brazos de mis adorados padres... Pero no lo dude V., Florencio; se morirán, se morirán!

—¿Y cree V. que es mejor condenarlos á la ignorancia y á la duda?... ¿Cree V. que los que la aman podrán vivir mucho tiempo sin verla? Por muy cruel que sea la revelacion del misterio que hace á V. infeliz, y que no me atrevo á penetrar, no puede ser comparable á la dicha de enjugar sus lágrimas. Esto lo compensa todo.

—Sí, debo volver... Pero es necesario preparar sus ánimos. Me ha hablado V. de misterios: no tengo, no quiero tener ninguno para V., Florencio. V. no concibe mi estancia en París; voy á explicársela. Mes y medio hará, Farini declaró á mi padre que le era preciso ir á Italia, con el objeto de arreglar asuntos de su patrimonio, cobrar rentas atrasadas, y vender sus bienes, á fin de establecerse decididamente en España, y no tener que pensar mas que en su idolatrada esposa. Esto dijo el pérfido, el malvado; pero seguramente meditaba ya la infamia que ha cometido conmigo. A mí me habló en particular del sentimiento que iba á causarle nuestra separacion, y me ponderó las delicias de un viaje juntos, recorriendo de paso las principales ciudades de Francia y de Italia: me pintó con seductoras imágenes la magnificencia de París, el esplendor de las artes en Milan, Florencia, Roma, y otras ciudades de la península vecina: me dijo que visitaríamos todos los mejores monumentos; que nos pasearíamos en poéticas góndolas por los canales de Venecia; que besaríamos el pié al soberano pontífice un día de gran recepcion, y merendariamos al pié del Vesubio. En una palabra, ¿qué no me diría, cuando me decidí á dejar mi casa, y yo misma supliqué á mis padres que me permitiesen partir? Farini aseguraba que el viaje duraría todo lo mas tres meses, después de los cuales volveríamos al seno de nuestra familia. Esto acabó de decidirme á viajar con gusto, en compañía de mi marido, quien hasta que obtuvo mi consentimiento se mostraba inconso-

lente. Debo advertir á V., continuó la joven, que mi papá, no obstante lo convenido en las capitulaciones matrimoniales, solo habia entregado á Farini la mitad de mi dote en metálico y alhajas. Como se trataba de partir á Italia, donde naturalmente el príncipe sería muy conocido, mi buen papá quiso que yo apareciese en aquella tierra con todo el esplendor de mi clase: llamó á su yerno, le entregó el resto del dinero, porque segun habia dicho el monstruo, hacia algun tiempo que sus administradores no le rendian cuentas, y además me dió de regalo, y como para costear mi servidumbre, una fuerte cantidad, y un aderezo completo de brillantes, sin embargo de que no me hacia falta, pues tenia el de bodas y multitud de joyas de valor. Farini disponia del dinero; pero las alhajas, que indudablemente importaban mucho mas, las guardaba yo, como cosas de mi uso.

Por último, llegó el día de la marcha, y salimos de Valencia en tren propio, con seis criados, mi camarera, que era una jovencilla de diez y seis años, y cuatro soldados de caballería, que nos escoltaron hasta la frontera.

En Perpiñan me dijo Farini: Estoy pensando que hemos hecho mal en traer tantos criados. Valiera mas que llevásemos solamente dos de nuestra confianza; porque todo este boato, y las habladurias de los sirvientes, son muy peligrosos cuando se viaja con algunas riquezas, y nos esponemos á que nos den un chasco. Tienes razon, le contesté: si te parece?... Sí, repuso; me parece que convendría nos quedásemos tú con Dolores, y yo con Leon, que siempre me ha servido bien; y los demás podrán volverse á casa con uno de los dos coches. En Francia se viaja cómodamente: habremos de hacerlo en ferro-carriles, y en cuanto á criados, nos sobrarán en todas partes: sí, sí, mejor es que se vuelvan.

Me pareció juiciosa la idea y la aprobé. Mis criados regresaron á España, y yo les entregué una carta para mi familia, refiriendo lo que habíamos determinado.

Llegamos á París, y nos hospedamos en una fonda, donde nos trataban como á reyes. Farini me llevó á todas partes, me mostró cuanto hay notable en esta capital: nunca le habia yo visto tan obsequioso y atento á satisfacer mis menores caprichos. Parecia querer borrar de mi imaginacion hasta las huellas del sentimiento que naturalmente debia causarme la ausencia de mis padres, y nunca menos que en estos días hubiera yo podido sospechar una traicion de su parte.

A los doce días de estar en París, una noche me llevó á un baile de máscaras que se daba en el teatro de la Grande Opera. Yo entiendo y hablo bien el francés y el italiano: cruzábamos con trabajo el innumerable gentío que llenaba el salon, cuando se nos puso delante un arlequin, que haciendo muchas contorsiones y saludando reverentemente á Farini, le dijo: *Ben tornato, signor padrone! ho caro di vedervi.* —*Grazie, infinite!* le contestó él, y añadió á mi oido: este

me confunde con otro, y quiere broma. *¿Di dove avete rapito questa ragazza? E gentile, per Dio!* (2) replicó el enmascarado mirándome con insolencia. Y añadió: *Buon pró gli faccia, signor Paolo Smezzi!*

Al pronunciar este nombre el encubierto, me pareció que Farini se habia estremecido. Sin embargo afectó indiferencia, y me dijo: —¿Lo estas viendo? Padece una equivocacion y voy á chasquearle. —Y comenzó á decirle no sé qué cosas en aleman, segun creo. Pero el máscara le contestó en el mismo idioma, y después de varias réplicas, dichas en tono festivo, se separó de nosotros riendo y brincando.

Serian las dos de la mañana cuando nos retiramos del baile: el gentío era tal, que á duras penas podiamos atravesarlo. Farini me dijo: —¿Qué harías si te vieses sin mí, perdida entre ese bullicio? —¿Por qué me preguntas eso? le contesté temblando á la sola idea de semejante eventualidad. El solo repuso apretándome el brazo con ternura: —Medrosa! —Y seguimos nuestro camino.

—¿Cómo podía yo figurarme que aquella broma de mal gusto era una cruel amenaza?

—¿Es posible?... dijo la condesa de Villapar interrumpiendo á mi amigo; la abandonó en el baile?

—Fácil le hubiera sido hacerlo, continuó Florencio; pero no entraba eso en los cálculos de aquel miserable.

Y sonriéndose con amargura, repuso en seguida:

—Tampoco entra en los míos hacer interminable esta historia de dolor, refiriendo palabra por palabra todo lo que Cándida me dijo, y pido á V. perdon, señora, por haberme distraído hasta el punto de hablar largo rato en nombre de ella, como si yo mismo fuese la heroina. Tengo tan presente aquella relacion, que sin querer me he dejado conducir demasiado lejos.

—Hable V. como quiera: me interesa esa historia.

—No lo dudo; pero no debo abusar de la bondad de mi auditorio. En una palabra: Cándida, rendida de cansancio, se entregó al sueño después del baile. Por la mañana despertó tarde, llamó, y acudió á servirla un criado de la fonda. Preguntó por su camarera, y no supieron responderla. Se vistió sola, y al echar una ojeada por su habitacion, observó que los muebles estaban en desorden, y que faltaban sus cofres. Vió sobre una mesa una carta, la leyó, y cayó al suelo privada de sentido.

Aquella carta, que conservo en mi poder, decia sobre poco mas ó menos lo siguiente:

«Querida mia: siento mucho haberte engañado: el amor que te profeso me ha hecho cometer la locura de unirme contigo; pero esta union es insostenible. Soy casado, y mi muger me reclama: no puedo negarla sus justos derechos. Consuélete la idea de que si hubiésemos permanecido juntos un día mas, habríamos tenido el disgusto de comparecer ante los tribunales. Por evitarte este mal rato, he preferido romper unos lazos que me son tan caros. Todo lo hago por amor á tí.

»FARINI.»

—¿Qué crueldad! exclamó la condesa. ¿Y con qué fin conserva V. esa carta?

—Con un fin santo, señora: si viese V. la cartera donde la guardo... siempre la llevo conmigo.

—¿Verdad?

Florencio sacó una pistola de su bolsillo, y nos la mostró, diciendo:

—Aquí dentro está la carta desde el día que encontré á Cándida en París. No he podido dar con su dueño, para devolvérsela.

—Pero ese hombre era efectivamente casado?

—Lo ignoro, señora: por eso no puedo asegurar si Cándida tiene ó no contraídos vínculos indisolubles. El afirmo, como V. ha oido, que estaba casado de antes; pero su carta era un tejido de imposturas: lo cierto es que Cándida quedó abandonada, saqueada completamente, pues para pagar el alquiler de su miserable buhardilla y de los pocos muebles que contenia, necesitó vender parte de sus vestidos, únicos bienes que le dejó el magnífico príncipe: lo cierto es que con este desaparecieron tambien el criado y la camarera Dolores; y para colmo de confusion, el mismo día de la fuga del infame, se presentó en la fonda un comisario de policía con varios gendarmes, preguntando por «un extranjero que se titulaba príncipe de Farini».

—Esa circunstancia parece confirmar lo que él decia en su carta, observó la condesa.

—Lo mismo pensó Cándida, continuó Florencio; pero la verdad es que el titulado príncipe no era mas príncipe que yo...

—¿Cómo!... ni aun eso? exclamó el coronel Parra.

—Ni aun eso: ya explicaré á VV. esa superchería. No era príncipe, y los herederos de aquel título hacia tiempo que andaban siguiéndole la pista, de lo cual tuvo aviso en Valencia. Por este motivo procuró salir de allí; y como llevando consigo á Cándida estaba seguro de sacar mejor astilla, para ayuda de costas, por eso no la dejó en poder de sus padres, lo cual habria hecho al menos mas llevadero su atentado. En París creia fácil vivir oculto; pero en aquella, como en otras capitales, habia requisitorias contra él y agentes que le conocian, dedicados á buscarle. Uno de estos fué seguramente el arlequin que encontró en el baile de la Opera, razon por la cual no aguardó una segunda insinuacion para ponerse en salvo; pero cuidó de llevar un recuerdo de su amable esposa, y por esto habia que le acompañase la infiel Dolores.

Pero, volviendo á nuestra heroina, viéndose abandonada y pobre, recurrió á su talento para ganar la vida. Las gentes de la fonda no la tuvieron compasion: creyeronla una muchacha perdida que habia dejado su casa para seguir á un aventurero, y sin revelar lo que ya sospechaban, que aquel farsante era un supuesto príncipe, se rieron de ella, dándole irónicamente el título de la señora princesa. Esto se supo en la casa de la calle del Temple, cuyos porteros llevaban á mal la modestia de la joven, que calificaban de gazmoñería, y tenian la conviccion de que era una muchacha de mundo con apariencias de virtud y humos de gran señora.

Ella no habia podido, sin embargo, valerse de nadie, sino de los porteros, para que la ayudasen á adquirir algunas leccio-

nes de música; pero bastaban los malos modos de aquellas gentes para que ninguna persona la hubiese dado ocupacion de este género. Entre tanto se empleaba en dibujar para un bordador y un litógrafo; pero difícilmente ganaba para mal pasar.

—Cándida, la dije cuando acabó la relacion de su desventura, no tan circunstanciada como yo la he hecho, pues hay en esto varios accidentes que averigüé despues: consuélase V. al menos, ya que Dios la ha deparado mi débil apoyo. Hoy mismo quedará V. depositada en manos respetables, y pronto volverá al seno de su familia. Por mi parte, satisfecho que haya este sagrado é imprescible deber, me separaré de V. hasta el día en que pueda decirle: «Está V. vengada!»

—¿Qué es posible? exclamó. También V. me abandona? —No abandono á V., repuse, la salvo únicamente; pero el decoro de V. exige que no nos vean entrar juntos en Valencia. Es mas: no quiero que se me nombre siquiera en esta triste aventura, pues el mundo es tal, que disculparia á Farini, haciendo recaer sobre esa frente todo el oprobio que él merece.

—Generoso Florencio!... exclamó sollozando: no en vano he dicho alguna vez, que era V. para mí preferible á cualquier príncipe.

Al oír esta confesion no me pude contener: me arrojé á sus piés, la tomé una mano y la besé; pero en seguida, conociendo cuán mal camino emprendia para salvar el honor de mi amada, me levanté azorado y salí diciendo:

—Adios, Cándida! No olvide V. que no me ha visto ni me conoce; soy un oficial emigrado, que habiendo sabido por casualidad la inmerecida desgracia de V., la pone bajo el amparo de una respetable familia española. Esta tarde quedará V. convenientemente depositada. —Y cuándo nos veremos? dijo retenéndome. —Cuando podamos ser felices. Adios. —Dicho esto la dejé llorando y salí.

(Continuará.)

UN PASEO POR EL JARDIN DE PLANTAS DE PARIS.

HOMBRES Y ANIMALES, PLANTAS Y MINERALES, ESTUDIOS DE CIENCIAS Y COSTUMBRES.

Cuando uno visita el Jardin de Plantas, involuntariamente se le viene á la memoria el arca de Noé, ese gran conservatorio, ese gran museo de historia natural, en donde el hombre, en compañía de los animales de toda especie, reunidos por parejas, aguardó en completa seguridad el fin del diluvio. Pero la hospitalidad del Jardin de Plantas es mucho mas anchurosa que lo fué la del arca, en donde no faltan razones para creer que el reino animal se halló tan estrechado, que el mastodonte y otros muchos individuos no ménos interesantes que monstruosos no pudieron hallar allí cabida, y habiendo sido sepultados en las aguas, no pudieron ser conocidos de nosotros mas que en el estado fósil.

El Jardin de Plantas da asilo á los tres reinos de la naturaleza; tiene suntuosas galerías para todas las especies de minerales, que derraman su resplandeciente brillo bajo ricas vidrieras; tiene vastos cercados con tierras bien preparadas para el cultivo de todas las especies de vegetales que crecen bajo nuestras latitudes, é invernáculos espaciosos y de un aspecto monumental que ofrecen á las plantas y los arbustos del otro hemisferio, el sol y la temperatura de los trópicos; los animales vivos recogidos de todos los puntos del globo están allí alojados, alimentados y bien abrigados, aunque sin ser, ni con mucho, bastante numerosos para presentar una muestra de cada una de las especies que componen el reino animal. Pero es preciso advertir que muchas de las que faltan, pueden hallarse disecadas ó en estado de esqueleto.

Hay pues allí una inmensa conservacion, muy dispuesta para ocupar su puesto, si llegase el caso de un nuevo diluvio, en una nueva arca de alianza.

Toda grande conservacion envuelve una enseñanza: el Jardin de Plantas, llamado mejor jardin de historia natural, encierra no solo las colecciones de las especies de los tres reinos, sino que hay allí profesores encargados de formarlas, conservarlas y explicarlas. La explicacion del hombre está comprendida en el programa de los cursos; pero debemos advertir que el hombre, sobre el que debemos detenernos un momento, no está en las colecciones en un estado natural, sino por medio de esqueletos, de las preparaciones anatómicas y de las momias.

Hasta el día no se han podido hallar osamentas humanas petrificadas; los restos del hombre solo se han encontrado en las capas de tierra mas recientes, y los archivos de la naturaleza están acordes con los de la historia en desmentir el origen reciente del hombre, á lo menos en Europa y la América Septentrional, únicas comarcas bien exploradas por los geólogos. Jamás los despojos del hombre ó los de su industria han sido hallados con certeza asociados á osamentas de animales perdidos, ni en las capas submarinas que llegaron á ser terrestres. Lo mismo ha sucedido respecto de los animales que se aproximan mas al hombre por su organizacion, tales como los monos. ¿Se seguiria de ahí que la existencia del hombre en los países estudiados hasta el día es posterior á las últimas grandes catástrofes que han experimentado? No nos apresuremos á deducir esa consecuencia.

Los anatomistas han reconocido por osamentas de diversos animales ó por formas debidas á la casualidad, como las del pretendido fósil humano de los asperones de Fontainebleau, todas las pretendidas petrificaciones de osamentas humanas anunciadas hasta el día. Así, el fósil de las esquitas calcáreas de Oeningen que Scheucher honró con el título de hombre testigo del diluvio, *homo diluvis testis*, y que conservó esa clasificacion hasta en 1758, ha sido reconocido por Cuvier por una grande especie de reptil vecino al género *proteus*; una concha de tortuga encontrada en las cercanías de Aix, pasó largo tiempo por un cráneo humano; las osamentas de hombres halladas en las brechas osíferas del Mediterráneo no tienen nada de real; Cuvier, contra la opinion de Spallanzani, no ha visto en ellas mas que huesos de cuadrúpedos; y es mas que probable que todas las osamentas de gigantes y héroes que la antigüedad conserva en los templos, museos de aquella época, tenían el mismo origen, y que el omoplato de Pelops conservado en Olimpia, el gigante Bronte hallado en Antioquia, el gigante Opladamus conservado en el templo de Esculapio en Megalópolis, y otros muchos, habrian sido

(1) Bien venido, señor mio! me alegro de ver á V. — Muchas gracias.

(2) ¿Dónde ha robado V. esa muchacha? Par diez! y qué linda es! Que le haga á V. buen provecho, señor Pablo Smezzi!

restituidos á algun animal antidiluviano, si hubiesen llegado hasta nosotros.

Entre los fósiles humanos que remontan á una alta antigüedad, se citan los esqueletos de la grande tierra, en la Guadalupe, envueltos en una tierra calcárea arenisca de mucha dureza. Además, está reconocido que esa piedra calcárea que los negros llaman *masoné á bon Dieu*, se forma diariamente por la reunion de granitos de arena y fragmentos de conchitas en un cemento calcáreo, fenómeno que no solo se verifica en las riberas de las Antillas, sino tambien en las del Mediterráneo. El museo posee uno de esos esqueletos, y se puede notar que los huesos han conservado una parte de su gelatina.

Las cavernas de Francia han suministrado muchas observaciones sobre osamentas halladas al mismo tiempo que despojos de alfarería tosca y de especies estinguidas; pero se ha reconocido que los depósitos que encierran esos despojos habian sido removidos por las aguas. Sin embargo, según Boué, uno de nuestros primeros geólogos, algunas osamentas halladas por él en los aluviones antiguos de la Alsacia, serian contemporáneas del depósito que las encierra, y de consiguiente anteriores á lo que nosotros llamamos la época actual. Este hecho debe compararse con el descubrimiento hecho en Austria, en un aluvion antiguo enteramente semejante al precedente, de cráneos que se han atribuido á la nacion de los avaros, y que presentan la notable singularidad de tener las mayores relaciones con los de una raza descubierta en el alto Perú por Mr. Penland, pues presentan el mismo aplastamiento del frontal y la misma elevacion tan extraordinaria de las partes posteriores del parietal. En definitiva, no está demostrado que, por reciente que sea en Europa la existencia del hombre, ha sido posterior á la última grande catástrofe. El hecho de la co-existencia del hombre con las especies de la época aluvial antigua, no tiene nada de imposible, y el descubrimiento en Europa de los despojos de una raza ecuatorial, no seria mas que un hecho mas que debe añadirse al conjunto de las observaciones sobre el fauno y la flora de esa época, las cuales anuncian tambien el clima de los trópicos.

Pero dejemos á un lado al hombre, para volver á los otros animales.

Se va al Jardin de Plantas á instruirse sobre ciencias naturales, y tambien á buscar calma y distracciones; y siempre se puede llevar de allí alguna cosa con tal que no sea una flor de los parterres ni un huésped del jardin, en cuyo caso el centinela colocado á la verja cala bayoneta sin miramiento al sexo, á la edad, ni al animal ni á la flor. Así hay que guardarse de entrar en el Jardin de Plantas con un ramillete de flores naturales al lado, un papagayo, una ardilla ó un mono sobre el hombro, si no se quiere ir arrestado á la salida, distraccion muy escepcional y muy poco agradable.

Hace poco tiempo, un faisán de costumbres familiares procuraba una distraccion de ese género á un inofensivo paseante. Sucedió esto en uno de esos dias lluviosos de la última primavera, en el que no se ponía uno al abrigo del agua del cielo, sino para esponerse á una granizada de estúpidos lugares comunes sobre la influencia de San Medard; los pavos hacian resonar con sus graznidos el jardin casi desierto; un pacífico paisano caminaba solitario y con su paraguas en la mano por una de las calles tortuosas que van á dar á la puerta de salida, cuando de súbito un faisán, abriéndose paso por un seto, se pone á viajar en compañía del paseante, arregla su marcha al paso de este, y responde con señales de visible simpatía á las muestras de atencion de que es objeto. El paseante, diciendo para su capote que si las plumas del faisán son bellas su carne es tambien deliciosa, quiso evitar á su compañero toda la fatiga de un viaje á pie, y al efecto le tomó en sus brazos; pero antes de pasar el umbral de la puerta del jardin fué detenido y llevado al cuerpo de guardia, en donde trató en vano de justificar la legítima posesion del faisán, diciendo que le habia hallado en el camino.

Se volvió inmediatamente el faisán á su parque, y se re- tuvo algun tiempo al paseante. Yo, á decir verdad, no sé cuál de los dos era mas culpable; pero supongo que la aventura habra aprovechado á uno y otro, pues lo cierto es que ya no se encuentran faisanes en las calles de árboles. Supongo que se les habra hecho comprender que el mundo es muy engañoso, y que es preciso desconfiar de él, especialmente en el Jardin de Plantas, donde se distribuyen con profusion panecillos y pasteles.

Los animales domésticos se muestran generalmente muy sensibles á esos regalos, aunque los hay que hacen poco caso de ellos. Clot-Bey ha regalado al museo muchos gansos de Egipto, que han recibido el nombre de bernachos armados. Entre estos bernachos hay uno á quien hace tiempo lisonjeaba mas una buena palabra que un buen bocado. El visitante, así que entraba en el local de los faisanes, le veia adelantarse hacia él con muchas demostraciones de amistad, no descuidaba nada para atraerse su atencion y excitar sus caricias, y desdeñaba recoger el pan ó el pastel, si el visitante, equivocándose acerca de sus intenciones, le daba esa muestra de liberalidad. Pero ese animal, dotado de gran perspicacia, ha cobrado repugnancia á la especie humana, y hoy va á tributar sus homenajes á otra parte. Nuestro bernacho ha principiado por desear de su afecto á los niños, que sin duda le parecian demasiado turbulentos; en seguida se mostró poco agradable á los viejos, pero con especialidad dió pruebas de su aversion á las mugeres; se enfurecia á su entrada, huía si se le acercaban, y si por casualidad le forzaban á sufrir una caricia de ellas, parecia querer borrar su huella, pues entremezclaba sus zambullidos con los mas fuertes juramentos de la lengua de los bernachos, y en seguida iba á ocultarse en algun rincon, donde permanecia todo el resto del dia. En fin, el mismo hombre, á quien el bernacho parecia tener en grande estima con tal que no fuese viejo ni jóven, ha perdido mucho para con él. Sobre todo desde la llegada de un pelicano blanco se ha podido notar el cambio operado en los sentimientos de ese singular animal. El pelicano, sin molestarse para ello, ha conquistado el corazón de la bernacha, y se pregunta uno si esa reputacion que tiene entre el vulgo el pelicano blanco de alimentarse con la sangre de los niños, habria sido la causa de su fortuna. Como quiera que sea, ahora se puede ir y venir alrededor de la bernacha; se ve que no tiene atenciones ni caricias mas que para el pelicano, al que no deja mas que á su sombra, y al que esa compañía es muy agradable.

El gran pelicano blanco y el pequeño bernacho armado parecen haber estado acordes en dotar á la faisanería con un mestizo de los mas singulares; pero á despecho de sus esfuerzos reciprocos, la naturaleza se opone á que las buenas relaciones establecidas entre ellos salgan del órden puramente sentimental. En realidad, ningun mal hay en que así suceda, pues no es muy seguro que el pelicano hubiese justificado para con los polluelos del bernacho su reputacion de excelente padre. Nadie ignora que este animal está provisto de un formidable apetito y de un voluminoso gáznate, en relacion con la dimension de su pico; así es que de un solo bocado se traga pescados bastante gordos. Pero cuando le falta el pescado, el pelicano estaria bastante dispuesto á tragarse los polluelos de los gansos y patos, como sucedió hace poco tiempo. El pelicano se habia tragado ya dos ó tres anadoncillos, é iba á pasar á súbditos de otra especie, cuando el guardian de la faisanería le percibió y corrió á él con el baston levantado. Entonces el pelicano huyó espantado, y en su fuga vomitó revueltos los anadoncillos, que no habiendo estado mas que pocos minutos en su vasto gáznate, recobraron la vida y se pusieron á correr inmediatamente.

El bernacho armado es fácil de alimentar; se contenta con poco, y se muestra indiferente sobre la eleccion del alimento; pero se le puede vituperar un humor pendenciero muy propio para introducir el desórden entre las aves de su compañía. En la faisanería del Jardin de Plantas, donde se da asilo á un gran número de animales de carácter mas ó menos manso, el bernacho tiene que moderarse; está allí con el ibis, estotra ave de Egipto, á quien los egipcios tributaban los honores divinos, y que después de haber sido el objeto de tal veneracion, no por eso es hoy mas fiera. El ibis de blanco plumaje, de formas elegantes y aristocráticas, de pico largo y delgado, encorvado, negro como sus altas patas, acude dócilmente cuando le llaman por su nombre; come en la mano esta ave sagrada, el dios en que descansaba el Egipto del cuidado de librarle de la plaga de las langostas; pero sabe mantener á distancia al bernacho. El pájaro bobo es pequeño y feo, pero es gordito y voraz; y si el bernacho se acercase á él, no saldria mejor parado que las pantorrillas de los visitantes que tienen la imprudencia de ponerse al alcance del pico recto y puntiagudo de este amable animal. El agami, que por desgracia no existe ya, no toleraba desórden ni opresion de los débiles por los fuertes, y no habria permitido al bernacho dar caza á los mas jóvenes huéspedes del parque, para con quienes se consideraba como el mas tierno padre. El agami habia establecido su autoridad en la faisanería, y la ha ejercido con rara distincion; ha dado pruebas de los mejores sentimientos unidos á la mayor firmeza é inteligencia; ha hecho reinar la paz y el órden, y ha muerto sin que ningun *canard* (pato) haya llevado la noticia á los diarios, y sin que se haya pronunciado ninguna oracion fúnebre sobre su tumba.

Sabidos son los servicios que puede prestar el agami, el cual está colocado entre las aves en el rango que ocupa el perro entre los mamíferos. Custodio y defensor intrépido de las otras aves domésticas, el agami podria, según dicen, conducir los rebaños de carneros á los pastos, vigilarlos, recogerlos, asegurar su vuelta al aprisco, y entrar él mismo el último. Seria pues de desear que los parques de faisanería del Museo, desprovistos completamente de agamis, contuviesen muchos, y que se intentase el aclimatar y hacer reproducirse esta especie, pues no hay por qué desesperar de lograrlo. Gracias á los esmerados cuidados del faisanero, la faisanería posee ya varios papagayos jóvenes que han nacido allí y se crian perfectamente. El casoar de la Nueva Holanda y su hembra han engendrado un tercer casoar, que actualmente tiene la talla de los autores de sus dias. El casoar no es tan grande como el avestruz, especie que presenta una singularidad que recuerda las costumbres de los caribes. Sabido es que entre los caribes, el hombre se mete en la cama en lugar de su muger así que esta pare. Se ha observado que el casoar macho es el que empolla los huevos mientras que la hembra viaja. Su aclimatacion adquiria importancia por cuanto la carne de esta ave pasaba por tan sabrosa como la de buey, y sus huevos, tan grandes como los del avestruz, tenian la fama de ser tambien muy delicados; pero una persona que ha probado la carne del casoar, nos ha asegurado que, aunque algo parecido su gusto á la de buey, era detestable, y que si no se mejoraba una vez domesticado este animal, debia desecharse como impropia para el alimento del hombre. En cuanto á los huevos, estarian muy lejos de tener el gusto delicado de los del avestruz, con los que todos saben que se hacen excelentes tortillas.

De consiguiente, con la aclimatacion del casoar no ha sucedido, á lo menos hasta ahora, como con la del pollo de Cochinchina, que ha dado excelentes resultados, pues este último, cuya especie principia á propagarse, es incomparablemente mas grueso que el pollo ordinario, tiene deliciosa carne, y además la ventaja de empollar durante casi todo el invierno.

Hemos pagado un tributo de pesar á la memoria del agami. Antes de salir de la faisanería, diremos tambien algunas palabras del foca, porque este ha muerto igualmente, y el foca habia sido colocado en la faisanería, donde se habia hecho notar por las costumbres mas mansas, y por su viva aficion al faisanero, á quien se esforzaba por seguir arrastrándose sobre el vientre, para lo cual se ayudaba con sus dos patas delanteras, las únicas que podia mover en tierra, pues las otras dos eran mas á propósito para servirle de aletas. El foca, que vulgarmente se ha designado tambien con el nombre de perro marino, á causa de su semejanza con la especie canina, es anfibio por su naturaleza, pero solo gusta de estar en el agua. El nuestro, cuya cabeza se parecia á la del doguito, disfrutaba en comun con las aves el estanque de la faisanería; pero no entraba en él sino para atravesarlo á nado con increíble rapidez, y casi siempre se mantenía en la orilla. El pelicano estaba muy atento á la distribucion de víveres que se hacia al foca, y que consistian en peces casi siempre muy gordos para que este último no pudiese tragárselos de un solo bocado. Así el foca se contentaba con cortar con sus dientes una parte, que masticaba levantando la cabeza y dirigiendo miradas de gratitud hacia el punto de donde le enviaban la pitanza. Durante ese tiempo, el pelicano, que sin moverse de su sitio puede alargando y volviendo el cuello describir con su pico semi-círculos de grande estension, lo bajaba lentamente, dirigia su extremo sobre la presa que quedaba delante del foca, y la cogia con habilidad sin que este le percibiese. En seguida el po-

bre foca buscaba en vano alrededor de sí el resto de su pescado, espresando su chasco del modo mas cómico. La piel del foca es muy dura, está cubierta de pelos rasos, y se emplea para hacer esas bolsitas de tabaco cuyo uso está tan generalizado en el norte de Francia y Bélgica.

En medio de los ensayos de cruzamientos y naturalizacion de animales hechos en el Jardin de Plantas, la ciencia veterinaria podria enriquecerse con útiles y numerosas observaciones; pero los esfuerzos y trabajos hechos con las miras de la domesticacion de los animales, presentan en su conjunto una marcha inversa á la de la ciencia y la industria, cuyo perfeccionamiento se continúa de siglo en siglo. Desde la época en que de la América, recientemente descubierta, se importaron en Europa tres especies muy desigualmente útiles: el pavo, el pato *amizclado*, llamado tambien pato de Berbería, y el cochinito de la India, no se cita ninguna conquista de verdadera importancia sobre la naturaleza salvaje. A los españoles, que son entre todos los pueblos los mas aptos para la domesticacion de los animales, es debida la introduccion de esas tres especies, á las que se debe añadir el canario. En la antigüedad, el conejo y el huron parecen haber sido tambien domesticados en España. En el siglo XVI se ocupaban de la importacion de las especies útiles; en el siglo XVIII en la importacion de las especies de adorno; luego se cesó enteramente de ocuparse de unas y otras en el momento en que, por la multiplicacion y el perfeccionamiento de las vias y los medios de comunicacion en todos los puntos del globo, las riquezas naturales del mundo entero podian ser utilizadas con mas facilidad. ¿Se habia acaso realizado ya todo lo que era realizable? Tal no es la opinion de los sabios mas competentes. Entre otros citaremos á Mr. I. Geoffroy Saint-Hilaire, que ha hecho la observacion de que de treinta y cinco especies que poseemos en Europa en estado domesticado, en que se hallan treinta y una originarias del Asia, y particularmente del Asia Central, de la Europa y del Africa Septentrional, en todo no quedan mas que cuatro especies de todas las otras regiones, es decir, de las dos Américas, el Africa Central y Meridional, la Australia y la Polinesia.

Una reparticion tan desigual, dice Mr. Isidoro Geoffroy Saint-Hilaire, es sin duda por sí misma un hecho muy significativo, y será mas evidente si se reflexiona que en esa mitad del globo que aun no ha sido explotada, ó lo ha sido apenas bajo ese punto de vista, se hallan precisamente las comarcas mas notables por la especialidad de sus tipos zoológicos: la América Meridional y la Australia. De seguro que cuando esos dos países están poblados en tanta abundancia de mamíferos, aves y animales de toda especie, que no tienen en ninguna otra parte mas que representantes muy lejanos, nadie querrá suponer que nuestros antepasados, que han sacado treinta y tres especies del hemisferio boreal (treinta de ellas del antiguo continente, y dos de la América del Norte: el pavo y el ganso de collarín) hayan obtenida bastante del hemisferio austral, naturalizando entre nosotros el menor de nuestros mamíferos domésticos, el cochinito de la India, y la última de nuestras aves de corral, el pato *amizclado*. Ciertamente se puede afirmar sin temeridad, que esos no son mas que humildes principios, y que las regiones habitadas por la llama, la vicuña, el tapir, los ocos, los cangurones y el fascólomo, nos reservan presentes mas ricos.

LOS VIAJEROS MODERNOS.

(Continuacion.)

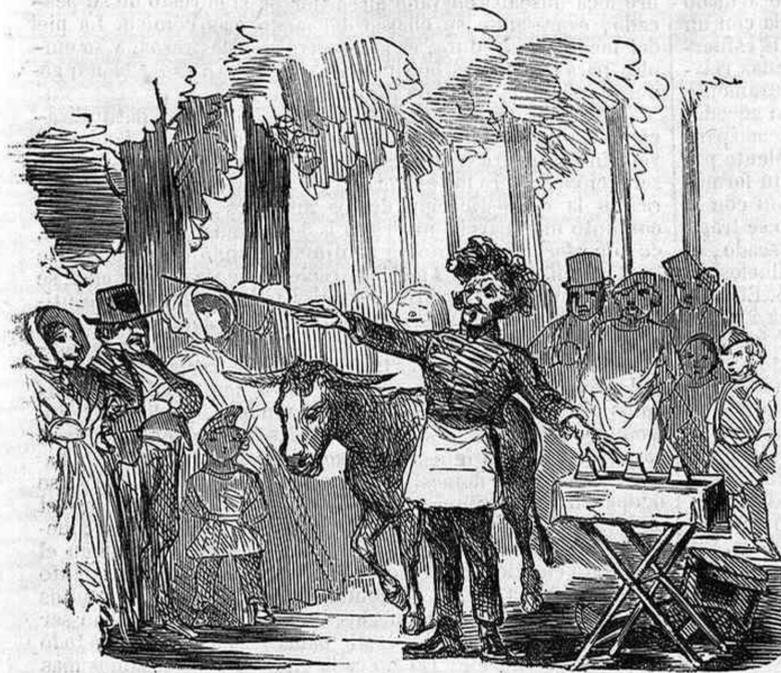
Después de una larga permanencia en aquella inmensa capital de Canton, nos conduce Mr. Serr á otros puertos en que ondea libremente hoy el pabellon inglés. El primero es Amoy, capital de una isla sumamente poblada. En este puerto se hace un gran comercio de esportacion é importacion de arroz, alcanfor, azúcar, telas de seda, y un bochornoso comercio de mugeres, que se venden como animales, desde la edad de once años, por algunos cientos de reales. En algunas familias, si no tienen esperanza de venderlas, las matan: en China se comete el infanticidio sin la menor dificultad ni remordimiento. Las leyes civiles y religiosas del país prescriben á los hijos el respeto mas profundo á su padre y á su madre, y el padre dispone enteramente de la libertad y de la vida de sus hijos. Confia en el trabajo de sus hijos varones que lo mantendrán en su vejez, y que pueden llegar á ser grandes personajes. En cuanto á sus hijas, si es pobre, las vende, las estrangula ó las tira al agua cuando nacen, ó si espera que sean bonitas, las reserva para entregarlas un dia, mediante cierta cantidad, á una servidumbre bochornosa. Al entrar en Amoy encontraron los ingleses en un estanque una porcion de cadáveres de niñas, y todos los dias podrian comprobarse iguales crímenes en las ciudades de la China.

Fouchowfou, otro de los puertos abiertos á los ingleses por el tratado de Nankin, está situado á las márgenes de un ancho rio, al pie de unas montañas de mil quinientos á dos mil piés de altura, cultivadas hasta la cúspide. Este distrito es célebre por sus fábricas de porcelana. Hay en las cercanías de su capital trescientos cincuenta hornos encendidos, y producen una gran cantidad de vasos, copas y tazas, de las que no vemos en Europa sino las muestras mas groseras, pues los chinos sibiritas guardan para sí la mas fina porcelana y el mejor té.

Shanghai, el mas importante de los cinco puertos concedidos al poder de los británicos, está situado en los 31° 25' de latitud, á la orilla de un rio cubierto constantemente de buques de comercio. Negociantes ingleses me han asegurado, dice Mr. Serr, que en el mes de enero no es raro ver en el rio tres mil buques juntos. La poblacion es de ciento cincuenta mil almas; agregando la de los arrabales, ascendiendo á doscientas mil. Hay en esta ciudad gran número de católicos, que tienen su iglesia, sus escuelas y su obispo. El clima, á causa de sus bruscas variaciones, es peligroso para los extranjeros: el invierno es muy frio, el verano muy caluroso, y no es extraño ver en el curso de un mismo dia bajar el termómetro treinta grados. Pero las seducciones del comercio, el deseo del oro, este magnífico iman, atraen allí multitud de marinos y comerciantes.

amuralladas, 1,890 fortalezas, 3,000 torres ó castillos, 1,159 arcos de triunfo, 1,189 templos, 685 grandes mausoleos, y 321 puentes de primer orden. La gran muralla, edificada doscientos catorce años antes de la era cristiana, estaba guardada por 900,000 hombres.

Pero ¿cuál es el esplendor humano sin sombra, el poder sin obstáculos, la fortuna sin peligros? En la aureola que lo rodea tiene también el emperador de la China sus días de disgustos y sus horas de servidumbre. Señor único de sus dominios, es á su vez dominado por la costumbre; primer legislador de sus pueblos, está sujeto á una minuciosa ley de etiqueta. Y esta ley y esta costumbre, que de edad en edad se han perpetuado hasta él, les son impuesta de tal manera por el sentimiento de la nacion sometida á sus decretos, que no podria violarlas impunemente. Este es el ceñaje de su esplendor, esta la señal de su humildad. Puede tiranizar á sus pueblos, esparcir en su pais y en su corte la desolacion, y si observa fielmente las prácticas de sus antepasados, si va por la primavera á dirigir el arado en las fiestas de las sementeras, y en los tiempos de



El jugador de manos en los Campos-Eliseos.



Los títeres en los Campos-Eliseos.

Shangai es la entrada principal del celeste imperio; por sus grandes corrientes de agua comunica esta ciudad con una tercera parte de la China, y concurren allí buques de toda la costa y de los puntos inmediatos, Singapoore, Borneo, Java, Malaca. Por su situacion, cerca de los distritos de donde se saca la seda; por la facilidad que se tiene allí de adquirir á precios moderados los tés verdes, y frecuentemente el té negro; acaso llegará un dia en que este puerto rivalice y aun aventaje á Canton, y sea el primero de la China para los extranjeros. Semejante perspectiva debe ser muy agradable para los ingleses que se han establecido de firme en Shangai, que tienen allí su factoría, su bandera y su cónsul.

Pero ¡qué desgracia! al redactar ellos mismos su glorioso tratado de Nankin, se han olvidado exigir la libre posesion, la posesion importante de Chusan, y Chusan es un punto ideal para una colonia británica, tierra excelente, clima saludable, gran posicion marítima en medio de la costa de la China, á poca distancia de Pekin, cerca de la embocadura del rio que divide el imperio en dos partes, y en el que desaguan innumerables canales. ¡Qué imperdonable falta, esclama Mister Sirr, ha cometido el gobierno inglés omitiendo la preciosa isla de Chusan en sus estipulaciones! Falta tanto mas grave cuanto segun el mismo autor, Francia, la ávida, la insaciable Francia, no dejará de aprovecharse de ella, y es probable que su embajador saque todo el partido posible de semejante omision.

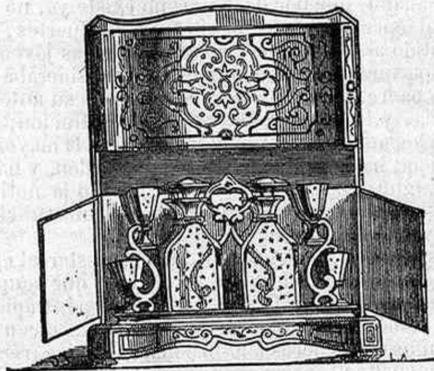
II.

¿Ser emperador de la China! ¿No es este el bello ideal del poder soberano? Viene mil leguas cuadradas de terreno constituyendo un mismo Estado desde hace dos mil años; trescientos sesenta millones de súbditos, y en tiempo de paz un ejército lo menos de un millón setecientos mil hombres! Ni un Alejandro, ni un César, ni un Gengiskan han poseído un estado semejante. Si en este inmenso territorio, que se consagra exclusivamente al estudio de si mismo, se estudiase la geografia de las regiones extranjeras; si por cualquier venturoso letrado el dueño supremo de la China aprendiese á conocer la division y la organizacion monárquica de la Europa, ¡con qué soberbio desden consideraria, desde su alta grandeza, á estos pequeños reyes, que en el recinto de sus fronteras apenas cuentan tres ó cuatro millones de súbditos, y súbditos que tienen una carta, que hablan de sus derechos, que discuten y razonan, y quieren arreglar por sí mismos el sistema de administracion y formar sus leyes!

El emperador de la China no tiene que molestarse con semejantes cuidados. Ninguna ambiciosa oligarquía contrarresta su autoridad; ningun parlamento diserta sobre sus proyectos; ningun periódico critica sus actos. Gobierna sus pueblos como señor absoluto; es su ley viviente, su ley suprema. Le dan el título de hijo del cielo, y de sus decretos no hay apelacion, como de los del poder celeste. Desde tiempo inmemorial ha sido así, y es así todavía, en tanto que en Occidente la faz de la tierra, segun las palabras de la Escritura, se ha renovado tantas veces. Desde tiempo inmemorial los emperadores de la China han dispuesto á su antojo de las fuerzas de la nacion, han realizado obras increíbles, han cortado montañas, como cortamos nosotros un pedazo de mármol; han erigido palacios gigantescos; han reunido en sus vastas mansiones millares de mugeres, sacrificando sin la menor dificultad á sus pasiones artísticas, á sus caprichos y á sus deseos desenfrenados, los bienes y la vida de sus súbditos.

En 1677, á la época de la invasion de los tártaros, Mandchoux, que concluyó con la dinastía Ming, segun el padre Gabriel de Ma-mallaens, habia en la China 1,402 ciudades

calamidades se presenta vestido con un saco que lo cubra hasta la cabeza, acusándose de las desgracias públicas, será considerado como un excelente emperador. Si por el contrario descuida las prescripciones del tribunal de los ritos, si no cumple las obligaciones que le impone el uso antiguo, una



Caja para té.

amarga censura sublevará contra él un resentimiento universal y una cólera peligrosa.

Si en realidad dispone de todo segun su voluntad, debe oír al menos con deferencia aparente las palabras de sus consejeros. Si no tiene igual en el imperio, no puede sin embar-

go negarse á escuchar los votos de su pueblo, y el mas pobre de sus súbditos tiene derecho de obtener de su sublime majestad una audiencia.

Las diversas razas de que se compone la poblacion china, le imponen diferentes deberes. Debe respetar igualmente las tradiciones religiosas de los chinos, el humor guerrero de los mogoles, y los ídolos de los tibetanos. Sea cualquiera su creencia, sea cualquiera su escepticismo, debe venerar ostensiblemente los templos de Confucio, los símbolos de ludismo, las imágenes de Larria y las de otras muchas sectas. En cuanto á la religion cristiana, está completamente fuera de estas reglas de conducta. La tolera ó la proscrib, segun su libre arbitrio.

Un rebaño de trescientos sesenta millones de hombres, no son en ningun tiempo ni en ningun lugar cosa fácil de conducir; y cuando esta masa prodigiosa de individuos, reunida en un suelo que en tiempo ordinario apenas basta para sus necesidades, viene á ser atacada por una plaga que devasta sus hogares, ó destruye las esperanzas de sus cosechas, la familia empobrecida calcula con acerbo pensamiento los tributos que pesan sobre ella, y de este cálculo al movimiento de rebelion hay muy poca distancia. Muchas veces la livida, la mortal hambre aparece en medio de aquellas masas compactas de hombres, y si hábiles mandarines, sin haber leído á Malthus, consideran este azote como un remedio providencial para la superabundancia de la poblacion, los desgraciados que la sufren no aceptan tan fácilmente esta manera de disminuir una de las plagas del imperio.

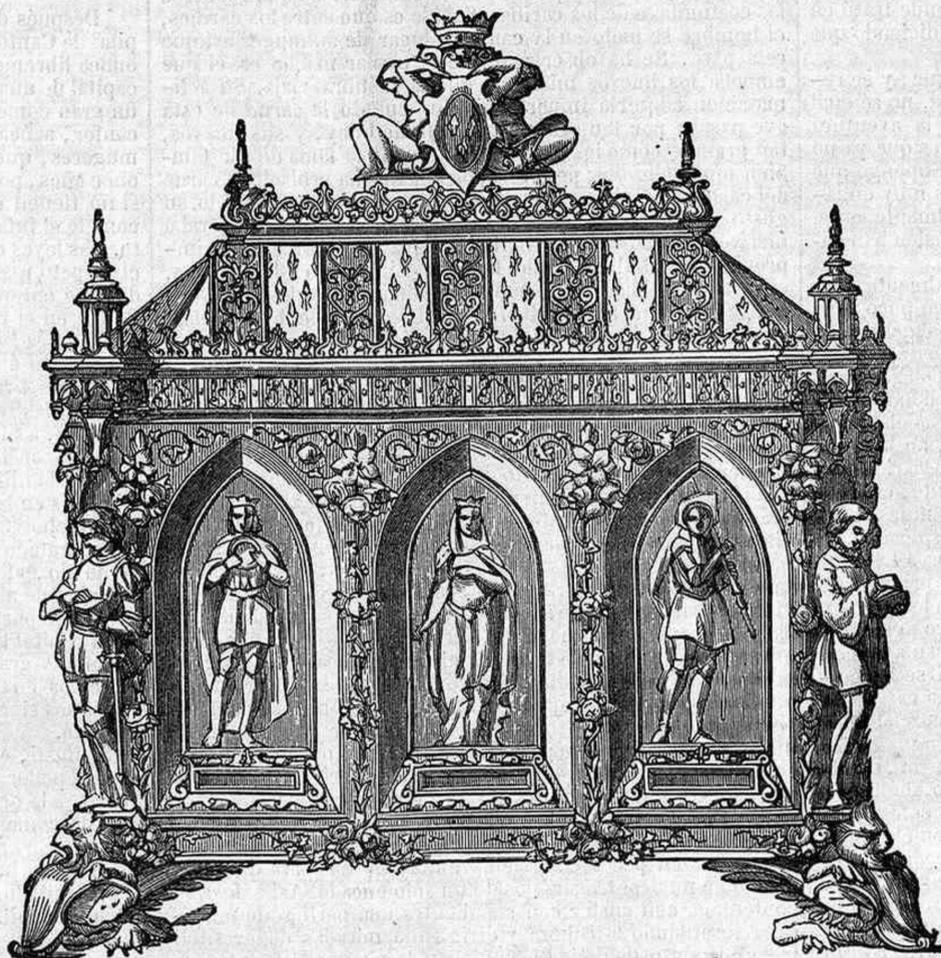
Los chinos no pueden protestar contra la enormidad de los impuestos, contra el lujo de los funcionarios ni el fausto de la corte, por medio de la tribuna parlamentaria, ni por la prensa. A lo mas que se han atrevido, en sus hábitos de obediencia y resignacion, es á fijar en ciertos parajes algunos epigramas contra un gobernador demasiado severo ó un mandarin perverso. Pero el hambre, dijo un antiguo proverbio, hace salir al lobo del bosque, y el hambre arma aquellos brazos, aplicados en los días de bienestar á un trabajo pacífico, ó al inocente entretenimiento de quemar banderillas de papel pintado en las tumbas de sus abuelos. Entonces se ve formarse bandas de foragidos, que acaban por saquear el pais, asolado ya por los elementos. En estas fatales circunstancias, rara vez ha recurrido el gobierno á la fuerza; usa mas bien de los medios de conciliacion, disminuye los impuestos, y hace grandes distribuciones de arroz. En un solo invierno, el último emperador socorrió así, solo en la ciudad de Pekin, á mas de 400,000 personas. Así se pasa el año, y si al siguiente es buena la cosecha, todo vuelve á entrar en orden. La rebelion se apacigua por sí misma, como las olas de la mar después de una tempestad.

Pero de los grandes sacrificios que el gobierno se ve obligado á hacer, resulta otra desgracia. El tesoro, mal administrado en los días de prosperidad, se apura en los años de las catástrofes. Los servicios públicos padecen, y el equipo de los ejércitos de mar y tierra, así como las obras de fortificacion, se dejan en completo abandono.

Los empleados, que se ven mal pagados, tratan de indemnizarse de sus sueldos por concusiones, y con gran escándalo de las gentes adheridas á las antiguas tradiciones, el Estado viene á dar en algunos casos por dinero los empleos, que no debian ser desempeñados sino por los letrados que se hubiesen hecho acreedores á ellos por su saber.

Tales abusos no se sostienen sin despertar en el corazon del pueblo, aun en el mas humilde y mas resignado, un sentimiento de reprobacion, sin que germinen en él ideas cuyo desarrollo puede ser temible.

(Continuará.)



Cofre de porcelana para guardar alhajas.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oñinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.